

hacernos caer de la altura de la virtud al abismo del pecado, sed vos la que nos alcanceis fortaleza para alcanzar el triunfo en los combates. De este modo atravessaremos á pié enjuto el proceloso mar de las pasiones mundanales, y cuando abordemos al puerto de la eternidad, tendremos la inestimable dicha de morir en el ósculo del Señor, y por vuestra mediacion conseguiremos la posesion de la Gloria. Amen.

SERMON 2.^o

DE

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO.

Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.

Desde ahora me dirán bienaventurada todas las naciones.

Luc. cap I, v. 48.

En el hermoso jardin que forman las devociones cristianas, no hay flor mas bella y odorífera que la del Santo Rosario, devocion eficacísima para interesar en nuestro favor al Señor y á la Santísima Vírgen. En efecto, M. A. O., si fijamos nuestra atencion en las dos oraciones de que se compone, cuales son el *Padre Nuestro* y el *Ave María*, no podremos menos de convencernos que todo lo podemos esperar del Señor si á la palabra que pronuncian nuestros lábios unimos los afectos de nuestro corazon. El mismo Jesucristo enseñó á sus Apóstoles la oracion del *Padre Nuestro*, para que por ella consiguiesen del Eterno Padre el objeto de sus súplicas. El Angel San Gabriel al presentarse en la morada de la Santísima Vírgen para anunciarle la altísima dignidad de Madre de Dios á que iba á ser elevada, pronunció la primera parte del *Ave María* y

la Iglesia ha añadido la segunda, enseñándonos á impetrar las misericordias de la que siendo Madre de Dios es al mismo tiempo Madre de los humanos.

Hubo, señores, una época de triste recuerdo, en la cual el demonio se propuso apurar todos sus esfuerzos para concluir con la Esposa Inmaculada del Cordero. Era el siglo XIII. Estendida con rapidez la herejía de los albigenses, la devoción de la Virgen se iba entibiando. Pero advertido de ello el gran Padre y Patriarca Santo Domingo de Guzman, sale de su desierto inspirado por la misma Señora, cuyas glorias se proponía defender, y se presenta en el campo mismo de los albigenses, y así como un día el Arcángel San Miguel entrando en batalla con los Angeles rebeldes en el cielo, exclamara: *Quis sicut Deus?* ¿Quién como Dios? así Domingo de Guzman, impulsado por un celo santo y guiado por su ardiente devoción á la protectora de la humanidad se presenta entre sus enemigos exclamando: ¿Quiénes son los atrevidos que quieren eclipsar las glorias de María? En seguida convoca á los soldados cristianos, los arma con el fuerte escudo del Santo Rosario, que los llena de valor, y les hace conseguir el triunfo, derrotando á los heresiarcas.

Escogido, pues, Domingo para predicar la devoción del Santo Rosario, lo hizo con santo celo, y correspondió de tal modo al encargo espreso que recibiera de la Santísima Virgen, que al poco tiempo se veía por todas partes entonar esta hermosa devoción, venero riquísimo de bondades y misericordias.

Yo te felicito, venerable Hermandad, porque alistados bajo las hermosas banderas del Rosario de la Santísima Virgen, os hacen acreedores á que esta Señora, cuyo corazón es todo bondad y misericordia, os

dispense su protección acogiéndoos bajo su manto de piedades. Ríase en buen hora de vuestra piedad: y haga objeto de su mofa, la devoción del Santo Rosario que tan arraigada se halla en vuestros corazones. ¿Qué os importa? ¿Os ha de salvar ese mundo de ilusiones? ¿Os podría hacer felices la impiedad? ¡Ah! dichosos los que profesando la fé del catolicismo no habeis dejado extinguir en vuestros pechos esta llama hermosa, luz brillante que nos guía por entre la oscuridad y tinieblas de un mundo corrompido.

Ganoso pues, M. A. O., de enfervorizaros cada vez en la devoción del Santo Rosario, y de persuadir á los tibios á que la practiquen para que se hagan dignos de los frutos de tan preciosa y eficazísima devoción, voy á demostraros el gran poder de intercesión que la Santísima Virgen tiene en el cielo á favor de sus devotos, y el que el mejor medio de conseguir su protección es la devoción constante del Santo Rosario. De este modo creo que llenaré mi ministerio en la presente festividad.

Las continuas alabanzas de la Santísima Virgen que resuenan en toda la extensión del Cristianismo es un testimonio de que se cumple al pié de la letra el vaticinio pronunciado por la misma Señora, y que encontramos consignado en el mas bello de los himnos del Nuevo Testamento. *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Plegue al Señor que vosotros seais también parte de esa interminable cadena de los cantores de las Glorias de María.

Imploremos ante todo y por su intercesión poderosa los auxilios de la Divina gracia. *Ave María.*

REFLEXION UNICA.

Siempre y en todo tiempo, desde la cuna del Cristianismo ha venido siendo la Santísima Virgen María el objeto de un tierno amor por parte de los verdaderos cristianos, que á ella han acudido en todas sus aficciones y tribulaciones, esperando conseguir por su medio el remedio de los males de la vida, que de solo Dios procede. Reconociendo en la Señora el poder á que ha sido elevada por su Divino Hijo, no han creído nunca defraudar los derechos de Dios con invocar á María. El hombre debe conformarse siempre con los designios de su Hacedor: y los designios de Dios acerca de María no pueden ser mas sublimes, toda vez que esceptuándola de las ligaduras del pecado original en que todos nacemos envueltos, fijó sobre ella sus amorosas miradas, eligiéndola en primer lugar para Madre del Verbo Eterno, y despues para encumbrarla sobre los mismos serafines, coronándola por reina de los cielos y de la tierra. Si, pues, tanto la amó Dios y de tal modo la sublimó, ¿haremos algo demas los cristianos en amarla, en rendirla nuestros homenajes, y en fundar en ella despues de Dios nuestra esperanza? Aun hay mas: el cristiano debe mirar en Jesucristo el modelo de su conducta, y debe arreglarse en su modo de obrar á lo que el Divino Salvador enseñara con su ejemplo y doctrina. Esto supuesto, ¿habrá quien dude del amor extraordinario de Jesus para su Madre? ¿No nos dice claramente el Evangelio que vivia sujeto á ella, obedeciéndole en todo? Pues consecuencia muy lógica es que Jesucristo quiere que nosotros la amemos y reverencemos, al mo-

do que El la reverenció y amó. Cuando en el Madero de la salvacion dijo á la humanidad en persona de Juan: *Hé ahí tu Madre*, ¿no le impuso á ella las obligaciones inherentes á la maternidad y á nosotros los deberes que son propios de buenos hijos? ¿Y cuáles son estos deberes que ligan á los hijos en orden á sus padres? Nadie ignora que el amarlos, venerarlos y honrarlos. Si, pues, María es nuestra madre por voluntad de Jesucristo, y tiene su trono tan inmédiato al de Dios, voluntad es del Señor que como cariñosos hijos acudamos á María, reconociendo sus bondades y el poder que le ha sido comunicado.

Con dolor de mi corazon voy á decirlo. La Santísima Virgen ha tenido enemigos públicos, y estos son los herejes que han combatido sus prerogativas y hasta su dignidad sublime, y otros que bajo el pretesto de un pretendido celo por la gloria de Dios y defensa de sus soberanos derechos, hánse propuesto, aunque sin fruto, arrancar de los corazones católicos el amor de María, diciendo que solo de Jesucristo podemos recibir la salvacion, y que en él solamente debemos poner nuestra esperanza. Escandalízanse por lo tanto al oír las plegarias que continuamente dirigimos á la Reina del universo, y riéndose de nuestra devocion nos intitulan fanáticos. Yo bien sé, mis amados oyentes, que Jesucristo es la causa primera y principal de nuestra salvacion; pero la causa segunda é instrumental es María. Jesus es nuestro Redentor, pero María es nuestra Co-redentora, quien recibiendo las gracias y misericordias de manos de su Hijo, las reparte generosamente á los mortales. Jesucristo con sus tormentos y su muerte nos abrió las puertas de los cielos, antes cerradas por el pecado: pero María es la *celestial escala*,

como la llama san Agustín, por lo cual bajó Dios á la tierra para que los hombres mereciesen subir al cielo. La Omnipotencia como todos los demas atributos, son propios y peculiares tan solo de la Divinidad: á María no podemos por lo tanto llamarla Omnipotente, puesto que como dice san Bernardino de Sena, los ángeles, los hombres y todas las cosas que esten en los cielos y en la tierra, estan todas bajo el imperio de Dios, por lo que estan tambien al dominio de la Virgen (1). Esta casi Omnipotencia de María en el respecto que dice órden á la salud de nuestras almas, la han reconocido los Padres, y se deja comprender de estas consoladoras espresiones que en su fervor esclama el Damiano: «María acude á Dios, no rogando sino mandando. *Accedit imperans, non rogans.*»

No hay que estrañar, mis hermanos, que tal poder haya recibido María, puesto que llenas están las páginas de la Sagrada Escritura de hechos que nos demuestran que los atributos que pertenecen solamente á Dios, se atribuyen á veces á algunas criaturas por comunicacion y participacion del mismo Dios. A Moisés dijo el Señor, cuando le mandó presentarse con Aaron á Pharaon. «Mira que te he constituido Dios de Pharaon (2).» ¿No parece como que Dios comunicó el atributo de su omnipotencia á Josué, cuando queriendo este caudillo conseguir el triunfo de los reyes Amorreos, mandó detener al sol en su carrera, siendo obedecido por el monarca de los astros que detuvo su curso hasta terminarse la batalla, que ganó con gloria y que le condujo á conquistar la Palestina, habiendo hollado todo el oro de treinta y una coronas enem-

(1) S. Bern. Sen. tom. II, cap. 61.

(2) Ecce constitui te Deum Pharaonis. Exod. cap. VII, v. 1.

gas (1)? Ved aqui á Dios obediente á la voz del hombre: *Obediente Domino voci hominis* (2). ¿No observamos la misma maravilla en el profeta Elías, cuando presentándose á Acháb, le dijo que no caería lluvia del cielo hasta que lo mandase, sucediendo como lo habia anunciado (3)? Oigamos por último al profeta David que afirma que Dios hace la voluntad de los que le temen (4), y esto se comprende, porque la voluntad del justo siempre ha de ser la voluntad de Dios.

Ahora bien, y supuestos estos principios ¿habrá dificultad en reconocer, en la Santísima Virgen un poder de gracia benéfico para nosotros? ¿Tuvo por ventura menos mérito que Moisés, Josué y Elías? ¿El amor que á estos héroes mostró el Señor, será menor que el que profesa á María? Y si Dios como hemos dicho con David hace la voluntad del justo, ¿ha habido ni en el Antiguo Testamento ni aun en la Iglesia católica quien le esceda, ni aun quien á María iguale en justicia? Ciertamente que no: luego tenemos motivos sobrados para conocer y confesar el imperio y poder de María en los cielos y en la tierra. Este poder y el recuerdo de su maternidad espiritual con nosotros, me hace, mis hermanos, venir en conocimiento de nuestra inestimable dicha y felicidad. Tenemos una Madre, y esta Madre no solo mora, sino que reina en el cielo. Ni en el coro de los confesores, ni en el de las vírgenes, ni en el de los mártires, tiene su asiento: pasad con vuestra imaginacion todos los coros de los

(1) Sol, contra Gabaon ne movearis, et luna contra vallem Aialon. Steteruntque Sol et Luna, donec ulcisceretur se gens de inimicis suis. Josué. cap. X, v. 12 y 13.

(2) Ibid. v. 14.

(3) III Reg. cap. XVII, v. 1.

(4) Voluntatem timentium se faciet. Ps. CXLIV, v. 3.